

EL MERIDIANO

José Verón Gormaz

Mirando al cielo

Hay recuerdos que permanecen en nosotros y se manifiestan en cualquier instante. Entre ellos, cuando contemplo el cielo nocturno, se asoma la visión del firmamento nítido que observé durante una noche desde los montes de Valdevicor, tras una cena campestre y gratuita. La inmensidad celeste se ofrecía con inusitada claridad. Las nebulosas nos hablaban de lejanías indescriptibles y de fulgores amortiguados por la distancia. Hablar de cientos de años luz nos parecía una separación más que posible. Las descripciones de los cuerpos celestes, de las estrellas y sus formas de agruparse, nos demostraban nuestra falta de conocimientos sobre la inmensidad cósmica. Algunas constelaciones, como la Osa Mayor y la Osa Menor, nos trasladaban a la época colegial, cuando los profesores nos explicaban los rudimentos astronómicos.

«Si hay Osa Mayor y Osa Menor, seguro que entre ellas estará la Osa Mediana», dijo uno de nosotros. Con buen humor escuchamos la sugerencia y nos dispusimos a buscar esa inexistente constelación. Pero la Osa Mediana no aparecía y hubimos de inventarla de forma bastante dudosa. Sin embargo, la invención resultó ser cierta: la Osa Mediana era, realmente, la constelación de el Dragón, citada ya en la mitología griega.

No puedo olvidar aquella larga contemplación del firmamento. Recorrer con la mirada el maravilloso espectáculo de la bóveda estelar resultaba sorprendente, muy distinto a los minutos transcurridos en otras circunstancias. Nos sentíamos habitantes de la Vía Láctea, perdidos en un pequeño planeta, admirados de lo que veíamos en las alturas y, al mismo tiempo, conscientes de nuestra pequeñez de seres humanos.

Desde entonces he creído, como costumbre de enorme riqueza pedagógica, en la conveniencia de salir al campo abierto, durante alguna noche despejada, para observar el firmamento durante un buen trecho de tiempo. Las consecuencias de este sencillo ejercicio quedarán entre nuestras experiencias más valiosas, incluso podrán incorporarse a nuestra personalidad y convertirse en vivencias. Será el momento en que las sensaciones propias nos revelen nuestra participación, mínima y humilde, en el cosmos y su enigmática inmensidad, algo que en nuestro humano transcurso tantas veces se olvida.

POLÉMICA EN LA EDUCACIÓN | Pablo Lozano Chavarría

Educación y competencia

Si las familias prefieren los colegios concertados a los públicos, porque ven más garantías en ellos, la respuesta debiera ser mejorar los públicos y no cerrar los concertados

Es curioso ver cómo la ideología y la irracionalidad se intentan imponer, una vez más, a la imaginación y a la innovación. En este caso, a propósito del chantaje exigido por Podemos al PSOE sobre el cierre de aulas en los colegios concertados. El problema surge del desconocimiento u olvido sobre la labor que tienen los políticos en la sociedad. La ciencia económica lleva décadas explicándolo a través de la teoría de los fallos del mercado. Simplificando, el Estado debe intervenir en la economía cuando el mercado no suministra determinados bienes o servicios, cuando hay falta de competencia entre empresas, por la existencia de externalidades, riesgos no asegurables, etc.

La educación cumple varios de estos requisitos, es un bien semipúblico, genera externalidades y es una necesidad preferente. Y, por lo tanto, se debe intervenir para garantizar e incluso obligar a que todos los ciudadanos tengamos una educación mínima, igualitaria y de máxima calidad. Hasta aquí está claro. Sin embargo, ningún manual de ciencia económica aporta ningún razonamiento que justifique que ese bien o servicio público deba ser suministrado por trabajadores del sector público, para que el servicio sea más eficiente o equitativo. Para enten-

deros, el Estado puede pensar que comer frutas y verduras es una necesidad preferente, que genera salud pública, pero por eso no crea un cuerpo de funcionarios para que las planten, sino que mediante subvenciones a los agricultores garantiza que esos bienes sean accesibles a un precio módico.

En la actualidad en España el suministro del servicio educación se ha realizado por un sistema bastante eficiente. Garantiza de forma gratuita el acceso a todos los niños a una educación mínima, obligatoria; y además permite que los padres, según sus preferencias, intenten elegir el tipo de colegio que quieren para sus hijos. Y aquí es donde surge el problema: los colegios compiten entre sí (maldita libre competencia). La libertad de elección muestra colegios que tienen un exceso de demanda sobre su oferta y viceversa, colegios donde los padres, los votantes, entienden que ese colegio les da una mejor educación que el de la puerta de enfrente. El conflicto surge cuando esos colegios son concertados y en la misma área hay colegios públicos sin suficiente demanda. Las razones de esta situación son múltiples. Los padres pueden haber elegido un centro porque los resultados de selectividad han mostrado que esos colegios concertados tienen una no-

ta media superior a la de la educación pública. Aunque ese resultado en realidad no solo depende de la educación recibida en el colegio, sino del nivel social y cultural de las familias, en todo caso demuestra que la calidad de su enseñanza está fuera de toda duda. Además, según un estudio realizado por profesores de mi universidad, los alumnos de los centros concertados tienen una mejor valoración de sus propios centros que los alumnos de los centros públicos. Y para terminar de enrocar el tema, los centros concertados son más eficientes en términos económicos, al ser más baratos para el gobierno, se habla de hasta un 50%, aunque este porcentaje no atiende a las necesidades que tiene que hacer la educación pública en el medio rural.

Pues bien, nos encontramos con este dilema: con dos fábricas de coches, una que es más cara de mantener, que fabrica coches menos deseados y menos valorados por sus usuarios, frente a otra con

«Creen que muchos ciudadanos están confundidos, que no tienen capacidad para elegir correctamente la educación de sus hijos»

coches más deseados, que cuestan menos de producir y que dan mejores resultados. Y aquí es donde nuestros políticos de Podemos y del PSOE entienden que muchos ciudadanos están confundidos, que no tienen capacidad para elegir correctamente la educación de sus hijos y que, por consiguiente, ellos, sin ninguna justificación racional sino simplemente ideológica, van a 'nivelar' las condiciones de la libre competencia, cerrando las fábricas de coches eficientes y deseados y manteniendo abiertas aquellas menos deseadas, peor valoradas y más caras. De forma que, como la educación es obligatoria de consumir, terminará forzando a muchos padres a comprarse el coche que no quieren.

Este tipo de nivelación o reeducación en las preferencias de los consumidores es muy propia de países socialistas con economías planificadas y con partidos totalitarios en el poder. En un país democrático y con una economía de mercado, la solución debería venir por mejorar la competitividad de los centros públicos, dotándolos de más recursos, haciéndolos más atractivos, que hagan mejores coches, que sus usuarios se sientan más orgullosos de ellos y que los padres los elijan en completa libertad, pero no forzados por unos políticos repletos de ideología pero sin imaginación, cuya única solución al problema es cerrar a una competencia demasiado eficiente e incómoda que pone al descubierto su incapacidad para mejorar la educación pública que tanto defienden.

Pablo Lozano Chavarría es profesor de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Zaragoza

LA OPINIÓN | José Luis de Arce

Un impuesto en defensa del castellano

Tendemos, por moda, ignorancia o modernidad mal entendida, a utilizar palabras y expresiones extranjeras para ideas que se pueden decir perfectamente en español

Tengo un amigo cuidadoso en extremo con el lenguaje castellano, cuidado que aplica no solo en el foro, en el que trabaja, sino en el ámbito más puramente coloquial. Está siempre atento al desliz de sus interlocutores para corregir o matizar palabras y expresiones; y gusta, como es natural, de leer a los clásicos y de hacer consultas frecuentes a los diccionarios de la Real Academia Española.

Se solivianta cada vez que encuentra -y cada vez la encuentra con más frecuencia- una expresión extranjera intercalada en un texto escrito o pronunciado en la lengua de Cervantes. No lo puede resistir. No entiende cómo quienes escriben, especialmente en periódicos y revistas, de papel

o digitales, o quienes hablan en las teles y en las radios echan mano de vocablos ingleses o franceses, principalmente, para ilustrar un concepto, una idea o una cosa que en castellano tiene precisa y perfecta adaptación y encaje, dada la inmensa riqueza de nuestro idioma. Y ante quien le aduce que el uso de esos extranjerismos es una manifestación de conocimiento y cultura, o pone mi amigo que precisamente lo que indica acudir a lo que él llama «esas modernidades» es un grave desconocimiento de nuestros recursos lingüísticos y una manifiesta ignorancia del vocabulario castellano.

Tanto le preocupa esa colonización de términos y expresiones extranjeras que teme que, con el

tiempo y este abuso de palabras y frases ajenas, sea nuestro idioma el perjudicado y pierda esa limpieza, precisión y esplendor que con tanto denuedo defiende nuestra Academia desde hace siglos. Hasta tal punto llega su preocupación, que propone que se pague un impuesto, tasa o contribución especial por cada una de esas palabras extranjeras que aparecen en una publicación. Que sea el autor o el medio en que aparezcan o ambos quienes paguen ese tributo por no saber aplicar la cabal palabra castellana que conviene a cada caso. Será, sin duda, una fórmula para limitar la contaminación que sufre nuestro idioma. Y para defender nuestra lengua, el español, que afortunadamente, y por ahora, la

hablan los españoles de izquierdas y los de derechas.

Creo que tiene razón mi amigo, que no se cansa de poner ejemplos. Así, cuando se habla del 'bullying', que está tan de moda, y se omite decir 'acoso escolar'; o cuando se dice que no hay 'feeling' en una pareja, para ocultar que lo que no hay es 'chispa' o entendimiento, sensibilidad, sentimiento, atracción... Por no hablar de esa palabreja, 'coach', cuando aquí podemos decir perfectamente preparador, entrenador, instructor o animador, para decir lo mismo pero en español. O eso del 'crowdfunding' (mecenasazgo popular o micromecenasazgo); o la estupidez suprema del 'personal shopper'...

Yo mismo he recurrido en ocasiones, quizá por ese prurito ennob que tenemos muchos de quienes escribimos, a utilizar y entremeter palabrejas y expresiones sobre todo en inglés, que es el idioma más colonizador e imperialista que existe. Les aseguro que a partir de ahora me lo voy a mirar más. Y les pido disculpas. No volverá a ocurrir... o al menos se intentará.